

Impresiones

Los Hijos de Bello

Por HERMELO ARABENA WILLIAMS

La atmósfera tan pródiga de satisfacciones intelectuales y de aplausos que rodeó a don Andrés Bello, sobre todo en la madurez de su existencia, tuvo sin embargo un cortejo de trágicos dolores. Al sabio y al poeta nunca dejó de perseguirlo un torcedo entrometedor, siendo muchacho, había entrado, lleno de curiosidad, al dormitorio de su madre. En la pared, colgado frente al lecho de la virtuosa señora Ana Antonia López de Bello, había un retrato de dolorida talla colonial. Al acercarse a él, escuchó voces extrañas que le anunciaban gloria, renombre, honores. Pero advirtiéndole esas voces: "Fugado todo esto con la muerte de los que engendras, que serán también espíritus ocultos y dignos de alcanzar la gloria". Ese sombrero presagio le acompañó, con sus admoniciones premonitórias, a lo largo de toda su vida.

Al cumplirse por primera vez aquella sentencia con la pérdida de su retado Miguel, de dos años, y después con la de su hija Dolores, cuando apenas comenzaba en las nueve primaveras, es fama que un cristiano padre, golpeándose el pecho, exclamó: "¡Ya me lo dejó el Cristo de Caracas!" Por aquellos días don Andrés, establecido en Santiago, publica en "El Correo" (1843), su notable parábola de la "Oceán por todos", de Víctor Hugo, y removiéndolo su herida recién abierta, le ruega a otra de sus hijas:

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
donde segada en flor pace mi Lola
coronada de angélica aureola;
de hallado duermes cuanto fue mortal...

El menor de los vástagos, presbítero Francisco Bello Dunn, sobrevivió a su padre. Altra vez de virtudes y débil de compleción, insensiblemente agotado, fue culto de la parroquia de San Esteban. En su púlpito falleció en 1887, mientras guardaba el cuerpo de fray Domingo Arceaga, de la Revolución Dominicana, obispo trágico, laudario y benéfico, con muchos de su alma, el presbítero Bello tuvo también el privilegio de la sublimidad cultivada bajo el alero de los rituales. "El gran tesoro de la obediencia — dice entonces — está en hacer de la ley del trabajo una ley obligatoria, una cadena para enlazar al sabio y a la sedulidad con tan fuertes ligaduras, que es imposible romperlas. ¡Ah, señores! de ninguna parte como en los institutos monásticos ha resonado el eco de este inflexible decreto: Trabajaos!" (1).

Con ocasión de la pérdida del sacerdote Francisco Bello, el escritor y político radical Carlos T. Robbes, cuyo legítimo compatriota se interesó por los mejores discursos de sus adversarios en el Parlamento público en "La Libertad Electoral" (4 enero 1887) un emotivo artículo sobre "La familia de don Andrés Bello". Expone a este propósito: "Según la bella tradición, los maridos van de pinta. ¡Los hijos del príncipe de los poetas y literatos de América se van al galope! Francisco, Carlos, Juan, Andrés, Ricardo, Ana Luisa, Arreola, Manuel, Eduardo, María, Miguel, Dolores, Francisco... trece hijos, entre hombres y mujeres, muertos en la flor de la edad. Parece que los hijos de don Andrés Bello — hijos del espíritu de un poeta — hubieran estado destinados a tener la vida ligada de ciertas flores efímeras..."

Volvió a resaltar la profecía en 1845. En el verano de sus 28 años, Francisco Bello Boyland abandonó este mundo. Poeta y filósofo precoz, alcanzó a dar a las personas una "Gramática Latina" y a prescribir "El Se-

No alcanzó a transcurrir una década. El fatal varicela de Caracas marchaba otra vez las gloriosas ramas del Maestro. En el verano de 1854 un triste cortejo salió de la casa de don Andrés — Calles 1306, 1308 — conduciendo los restos del poeta y novelista Carlos Bello Boyland, su hijo predilecto. ¡Fascinante personalidad la suya! Seducido por el escepticismo de la niñez, en su exilio por memoria, se trasladó al interior de Atacama y, dueño de ricos yacimientos de plata, regresó a Santiago, minado por la fortuna. Pero, a la vez, traía su manuscrito "Los amores del poeta", drama de corte romántico, estrenado con gran éxito en el Teatro Santiago (1847). La escena de esta pieza transcurre en Francia. Antonio de Orsney, su personaje principal, siéntese atraído por la vida Malibé de Morville, también pretendida por el capullo coronel Fierro, barón napoleónico. Tras varios episodios violentos, Gressy reía a duelo a su rival, cuyo postumo posee fama de victoria, logrando herirlo mortalmente. Moribundo, desahogado, con el despo-



D. Andrés Bello. — Sombríos presagios y admoniciones premonitórias le acompañaron a lo largo de toda su vida.

"No, soy vuestro", le contesta. Y con su los brazos de Gressy.

Quebrantada su salud por una rebelde tuberculosa, Carlos Bello había viajado a Europa en busca de alivio para sus males y desde allí envió a su padre, consoladores cartas con sus impresiones de España, Francia e Italia. Mas su dolencia era incurable. A su regreso, la revista "La Nación" (1850) discutió su novela "La mujer del pecado". Abatido por el terrible mal, renunció a sus funciones de encargado de negocios de Chile en el Ecuador. Al partir al Viejo Mundo, presentó su cercano fin. Fallece despedido desde "El Mensajero" (1846) con su poema "El adiós".

Esta desgracia atormentó sobremanera a don Andrés. Pasó los días en las noches por el patio de su casa recitando entre lágrimas las estrofas del "Miserere", traducidas por él del libro sacro.

Lejos de los suyos y de su tierra adoptiva, cuando su padre, herido ya por 30 años, moría en Nueva York en 1860, siendo ministro nuestro ante ese país Juan Bello Dunn. Tenía tan sólo 35 años. Adorno de poeta, sobresalía como brillante orador, jurista, político. Digno de recordarse en su hermosa scribienda del general Bernardo O'Higgins, inserta en la "Galería Nacional" (1854) y en que, refiriéndose al destierro del prócer máximo, señala con patriótica reprobaria: "El ostracismo, según decimos con Platón, es la pena Targya de los grandes servicios, la ingratitud no recompensa el mérito; como si los que tales hechos promueven pudieran ser oídos en tribunal de última alzada; como si no quedase la apelación al juicio tardío pero imparcial de la posteridad".

De arraigadas ideas liberales, puso a Lucharta man-

de la talla de Antonio García Reyes y Manuel A. Tossutti. Sus discursos del 31 de julio y 12 de agosto de 1859, por su dialéctica y su vigor persuasivo, son modelo de elo-cuencia. En los días en que Francisco Bilbao, desde las columnas de "El Correo" (1844), clamaba instando a que "traspasara sus cadenas una sociedad explotada y agobiada por las crueles leyes que la Constitución legalizó como base de toda despotismo". Impugnó la legitimidad de la Constitución, por no reunir su convocatoria para gestar la delegación nacional de ninguna especie, llegó a ex-cusar Juan Bello, reclamado por las tribunas: "... hasta decir que, no pretendo basar de los usurpadores y despo-las, este odiado expediente de los tiranos, de legislatura ordinaria que era, se arrogó todos los poderes de una Constitución". Y terminó su alegato anunciando la muerte de la institución combalida: "Los mayorías están disueltas; tiempos más propicios y humanitarios verán exhalarse el último suspiro a estos residuos embrionarios y valedurarios de una época que desafortunadamente ya no volverá..."

Otro varón con la sangre de Bello — Emilio — se vio tentado por las lomas políticas y la poesía. Fue diputado por Linares y oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores. También murió estando, muy joven, la prefecto de Caracas.

Extinguidos ya los vástagos del frondoso árbol de los Bello Boyland y de los Bello Dunn, legamos justicia a todos ellos. En vespasios de celebrarse el bicentenario de su progenitor, tributemos homenaje a su memoria publicando una selección de las producciones en verso y prosa de sus hijos, en cuya formación literaria puso el Maestro su afán de genialidad y de belleza.

Los hijos de Bello [artículo] Hermelo Arabena Williams.

Libros y documentos

AUTORÍA

Arabena Williams, Hermelo, 1905-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los hijos de Bello [artículo] Hermelo Arabena Williams. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile